

EL DESASTRE DEL ARBITRAJE CON INTELIGENCIA ARTIFICIAL EN WIMBLEDON

Diego Fierro Rodríguez

El torneo de Wimbledon 2025 quedará marcado en los anales del tenis no solo por los duelos épicos sobre la hierba, sino por una decisión que ha fracturado el consenso en torno a lo que significa la justicia deportiva. La implementación del sistema *Electronic Line Calling Live* (en adelante, *ELC Live*), que reemplazó por completo a los jueces de línea humanos, se presentó como la culminación lógica de una evolución tecnológica imparable. Sin embargo, lo que en teoría prometía ser un salto hacia la perfección arbitral se ha convertido en un caso de estudio sobre los límites de la inteligencia artificial cuando choca contra la compleja realidad del deporte de élite.

La premisa era aparentemente irrefutable: cámaras de alta velocidad capaces de captar mil imágenes por segundo, algoritmos de visión artificial entrenados con millones de trayectorias de pelotas y un margen de error declarado inferior al grosor de una moneda. Números que, en el papel, deberían haber silenciado cualquier crítica. Pero el tenis no se juega en laboratorios ni en simulaciones, sino en un escenario donde intervienen variables imposibles de cuantificar por completo: la presión psicológica de un punto clave, la tensión acumulada en un quinto set, incluso la relación casi simbiótica que durante décadas han mantenido jugadores y jueces de línea.

Los primeros partidos del torneo dejaron claro que algo fundamental se había perdido en esta transición. El incidente más revelador ocurrió en el duelo entre Anastasia Pavlyuchenkova y Sonay Kartal, cuando un revés claramente fuera fue validado porque el sistema había sido desactivado accidentalmente. Lo anterior me sugiere que la supuesta infalibilidad tecnológica depende, irónicamente, de factores humanos tan prosaicos como un operador que olvida activar un interruptor. La reacción de Pavlyuchenkova —"Me habéis robado el juego"— trascendió el enfado momentáneo para convertirse en el grito de una generación de tenistas que ven cómo decisiones cruciales quedan sujetas a caprichos de un sistema opaco.

Desde una perspectiva jurídica, estos fallos abren interrogantes profundos sobre la atribución de responsabilidad. Cuando un juez de línea humano comete un error, existe un protocolo claro: apelación al juez de silla, posible penalización posterior para el árbitro, incluso revisiones disciplinarias. Pero ¿qué ocurre cuando el error proviene de una caja negra algorítmica cuyos procesos de toma de decisiones son inescrutables incluso para sus programadores? Considero que estamos ante un vacío legal que la normativa deportiva no ha sabido anticipar. Las reglas del tenis, redactadas en una era pre-digital, no contemplan escenarios donde la autoridad arbitral reside en líneas de código más que en personas con credenciales reconocidas.

Esta crisis de legitimidad se ha manifestado con especial crudeza en las reacciones de los jugadores. Carlos Alcaraz, normalmente mesurado en sus declaraciones, no pudo evitar señalar: "No es la primera vez que pasa esto". Sus palabras resumen una desconfianza creciente hacia un sistema que, por diseño, elimina la posibilidad de

diálogo. Cuando un juez humano cantaba una bola dudosa, los tenistas podían —con mayor o menor educación— cuestionar la decisión, pedir explicaciones, incluso liberar tensión mediante ese intercambio ritual. El *ELC Live*, en cambio, impone sus veredictos con la frialdad de un oráculo digital, generando una sensación de impotencia que corroe la esencia misma del juego.

Nick Kyrgios, siempre dispuesto a verbalizar lo que otros callan, fue más allá: "Ha sido un espectáculo de mierda". Más allá de su lenguaje crudo, su crítica apuntaba a una verdad incómoda: el tenis no es solo un ejercicio de precisión mecánica, sino un drama humano donde los errores arbitrales —y las subsiguientes protestas— formaban parte del tejido emocional del espectáculo. Eliminar este elemento en aras de una objetividad quimérica ha dejado al torneo más tradicional del circuito extrañamente deshumanizado.

Las protestas fuera del *All England Club*, con pancartas que rezaban "No queremos que los robots sustituyan a las personas", revelan que este conflicto trasciende lo meramente deportivo. Entiendo que lo que está en juego es un modelo de sociedad: hasta qué punto estamos dispuestos a delegar funciones tradicionalmente humanas en sistemas automatizados, especialmente cuando estas decisiones afectan a ámbitos cargados de significado cultural como el deporte profesional. Los 300 jueces de línea desplazados no eran meros empleados, sino custodios de un *savoir-faire* acumulado durante 148 ediciones del torneo. Su destierro representa una ruptura con una tradición que, hasta ahora, había sabido integrar innovación sin sacrificar identidad.

La respuesta institucional ha sido sintomática de nuestra época. Sally Bolton, directora ejecutiva del *All England Club*, defendió el cambio apelando a la "evolución del torneo". Un argumento que refleja la narrativa tecnoutópica dominante: el progreso como fin en sí mismo, irreversible e incuestionable. Sin embargo, los ajustes implementados a mitad de torneo —impedir la desactivación manual, revisar protocolos— demuestran que incluso los más fervientes defensores de la automatización han tenido que reconocer las limitaciones del sistema.

Ello me obliga a deducir que el verdadero debate no gira en torno a la precisión técnica —que sin duda mejorará con futuras iteraciones—, sino sobre qué tipo de experiencia deportiva queremos preservar. El tenis, como ritual social, depende de un equilibrio delicado entre reglas objetivas y subjetividad humana. El aplauso contenido cuando un juez de línea rectifica su error tras una apelación, los abucheos del público ante una decisión controvertida, incluso la tensión palpable mientras se espera el veredicto del *Hawk-Eye*: todos estos elementos conforman la textura emocional que convierte un partido en una narrativa memorable.

Paradójicamente, el caso de Wimbledon 2025 podría terminar reforzando el valor de lo humano en la era digital. Mientras otros Grand Slams se apresuran a implementar sistemas similares, el malestar generado en Londres ha puesto sobre la mesa preguntas incómodas: ¿Puede la inteligencia artificial comprender el contexto situacional que lleva a un recogepelotas a cruzar la pista en un momento inoportuno, como ocurrió en el partido de Taylor Fritz? ¿Cómo cuantificar el daño reputacional cuando errores algorítmicos deciden encuentros en rondas decisivas?

La solución, quizás, resida no en elegir entre humanos o máquinas, sino en rediseñar su interacción. Sistemas como el *ELC Live* podrían funcionar como primera instancia,

reservando a jueces humanos la facultad de intervenir en situaciones ambiguas o cuando el contexto lo exija. Este modelo híbrido reconocería las ventajas de la tecnología sin renunciar al juicio situacional que solo la experiencia humana puede proporcionar.

Al final, lo que Wimbledon 2025 ha demostrado es que el deporte profesional opera en dos dimensiones simultáneas: como competición reglada y como espectáculo cultural. La obsesión por optimizar la primera puede terminar empobreciendo la segunda. En su búsqueda de la perfección técnica, los organizadores arriesgan perder algo más valioso: esa chispa de imperfección humana que, irónicamente, es lo que hace al tenis profundamente relatable. El verdadero desafío no está en eliminar el error, sino en preservar el alma del juego mientras se integran herramientas que lo mejoren sin desnaturalizarlo.

Quizás la lección más perdurable de esta edición sea que, en el tenis como en la vida, algunos problemas no admiten soluciones binarias. Entre el tradicionalismo recalcitrante y la innovación deshumanizada, existe un tercer camino que Wimbledon, con su sabiduría secular, está ahora obligado a encontrar. El futuro del arbitraje no debería ser una elección entre humanos y máquinas, sino una síntesis que honre lo mejor de ambos mundos. Después de todo, si algo define al tenis es precisamente eso: un juego de equilibrios.

EDITA: IUSPORT

Julio 2025